

Metáforas y convención

Esther ROMERO y Belén SORIA
(Universidad de Granada)

I. Introducción

El objetivo de este artículo es el estudio del tipo de expresiones que los teóricos denominan *metáforas convencionales*. La cuestión se plantea de inmediato si partimos de la idea de que aquello que caracteriza a las preferencias metafóricas como preferencias diferentes de las no-metafóricas son los significados metafóricos y que éstos a su vez se caracterizan por ser significados que no están convencionalizados. En este trabajo defenderemos que los ejemplos que caen bajo el rótulo de 'metáfora convencional' no se identifican como casos de preferencias metafóricas. Por ello, no deberán llamarse 'metáforas' a no ser que admitamos que el término es equívoco. La expresión 'metáfora convencional' recoge un conjunto de ejemplos que no deben considerarse casos de preferencias metafóricas.

En las páginas siguientes expondremos los argumentos que permiten llegar a estas conclusiones. Primero analizaremos el contexto teórico donde surge la duda acerca del estatuto de las metáforas convencionales, esto es, determinaremos cómo se llega a pensar que desde el punto de vista de la interpretación lo que hace diferente a lo metafórico de lo no-metafórico es un significado que no está convencionalizado. Para ello estableceremos, de forma concisa, las características de los portadores metafóricos y su interpretación. Esto supondrá el estudio de la metáfora desde un punto de vista sincrónico de la lengua. Una vez mostrada la pertinencia del problema, veremos las

posibles soluciones al mismo. Después nos ocuparemos de la distinción entre metáforas convencionales y novedosas tal como la han mantenido G. Lakoff y M. Johnson (1980). Tras un examen de las condiciones de identificación metafóricas, veremos que los ejemplos que caen bajo la expresión 'metáfora convencional' no se identifican como metáforas. Los ejemplos que los teóricos consideran *metáforas convencionales* no responden al mismo criterio de identificación que los que, por oposición con los anteriores, se llaman *metáforas novedosas*. Esta distinción no ha lugar, pues se denominan del mismo modo ejemplos de distinto tipo o, lo que es lo mismo, se les denomina *metáforas* por criterios distintos. Uno de ellos, el ya citado, surge cuando contemplamos la lengua desde el punto de vista sincrónico y en él no tiene sentido la expresión 'metáfora convencional'; el otro emerge cuando consideramos la lengua desde el punto de vista diacrónico y en él tiene sentido denominar *metáforas convencionales* a algunas expresiones. Mantener estas dos acepciones del término 'metáfora', sin embargo, es una decisión peligrosa si no somos capaces de determinar con exactitud qué acepción de 'metáfora' se está usando en cada momento y si no nos damos cuenta de que la acepción de *metáfora convencional* que surge cuando contemplamos la lengua diacrónicamente no debe contraponerse ni a lo literal ni a lo metafórico novedoso. Terminaremos este artículo señalando como conclusión que las metáforas convencionales no son metáforas y resumiendo las razones que nos llevan a mantenerla. También expondremos algunas de las consecuencias de esta propuesta: (i) que tales metáforas no deben considerarse paradigma de una teoría de la metáfora y (ii) que las consecuencias teóricas de ciertos experimentos psicológicos no están justificadas. Este es el fallo de teorías como la de J. Searle (1979) y de experimentos como los de H. Gardner y E. Winner (1978).

II. Los portadores metafóricos ¹ y el significado provisional metafórico

Entendemos por *portadores metafóricos* las entidades portadoras de un contenido metafórico. Todos los portadores metafóricos son preferencias o expresiones-ejemplar. Pero no todas las preferencias metafóricas muestran que lo son por las mismas razones. Una de las condiciones de identificación de los portadores metafóricos es que interpretamos metafóricamente una preferencia sólo cuando se identifica al menos un contraste conceptual, esto es, se identifica la atribución de un concepto a otro de naturaleza distinta. Tal

¹ Vid. Romero (1991). Este trabajo está dedicado íntegramente a demostrar las cuatro tesis acerca de los portadores metafóricos que aquí sólo describiremos.

contraste se produce de dos modos: (a) por contraindicación entre los vocablos de la expresión proferia y (b) por contraindicación entre el contexto actual e inusual y el contexto implícito de la preferencia. El primer modo se puede ver en la preferencia usual de (1)

(1) Las ramas se pelean unas con otras

donde el vocablo 'pelean' tiene un uso contraindicado, ya que pelear no es el tipo de acción que se asocia con las ramas de los árboles. El segundo se muestra cuando mi amiga Mercedes me pregunta por mi hija y le respondo con (2)

(2) El gato está sobre la alfombra,

esto es, profiero (2) en un contexto inusual. La contraindicación, en este caso, se da entre el contexto actual e inusual de la preferencia, donde 'gato' refiere a mi hija, y el contexto usual e implícito que podría ser o bien el que señala a mi mascota doméstica o el que señala al gato de mi coche. Para darnos cuenta de que este último tipo de preferencias son metafóricas no se puede dejar, por tanto, implícito el contexto, puesto que tales preferencias lo son porque no se producen en un contexto habitual de uso.

Aunque las preferencias de cualquier unidad del discurso (texto completo, oración, sintagma, palabra) pueden ser metafóricas, no todas las preferencias metafóricas pueden serlo de los dos modos antes apuntados. Para que la contraindicación se detecte en los vocablos de la expresión proferida, ésta debe contener al menos dos vocablos. De hecho, las preferencias de unidades léxicas sólo se identifican como metafóricas por el modo (b), esto es, cuando la contraindicación se produce entre el contexto actual e inusual y el contexto usual e implícito de la unidad léxica proferida. Así, la preferencia de (3)

(3) Casa

se identifica como metafórica cuando, por ejemplo, E.T. la emite apuntando a su planeta; se trata de una preferencia inusual de (3).

El análisis de esta preferencia inusual de (3) revela en parte la característica esencial de los significados metafóricos. Si sólo se identifican como metafóricas las preferencias de unidades léxicas que se usan en un contexto inusual es porque éstas no intervienen sólo con uno de sus significados convencionalizados. Si esto fuera así, la preferencia del vocablo en cuestión

no tendría que ocurrir en un contexto inusual para ser metafórica. De este modo, siempre que se emita (3) en un contexto habitual de uso, la preferencia de (3) expresará un contenido literal equivalente a uno de los significados convencionalizados de 'casa'. Sin embargo, cuando la preferencia de (3) se identifica como metafórica, el término 'casa' adquiere momentáneamente a partir de su significado convencionalizado un significado distinto de éste. Al significado nuevo se le ha denominado en infinitud de ocasiones *significado metafórico* y configura el contenido metafórico de la preferencia inusual de (3).

Por lo indicado, interpretar preferencias metafóricas es determinar su contenido informativo y esto, al menos en las preferencias metafóricas de unidades léxicas, significa elaborar para ellas, por medio del mecanismo metafórico, un significado que no está convencionalizado. El problema ahora es saber si en todas las preferencias metafóricas se producen significados que no estén convencionalizados.

Si volvemos al ejemplo (3) se puede observar que el vocablo proferido se atribuye (metafóricamente) a aquello de lo que se está hablando. 'Casa' se atribuye metafóricamente a 'planeta'; 'casa' actúa como *vehículo metafórico*. Dado que el mecanismo metafórico debe permitirnos producir este significado no convencionalizado, es lógico pensar que también nos permita elaborar un significado no convencionalizado para los vocablos que actúen como vehículo metafórico en las preferencias de unidades del discurso mayores que la unidad léxica. Puesto que todas las preferencias metafóricas tienen al menos un vehículo metafórico, se puede pensar que lo que hace diferente al contenido metafórico del literal en ellas sea la aparición de algún significado no convencionalizado (el significado metafórico) para aquellos vocablos que actúen como vehículo metafórico.

De lo dicho se infiere que los significados metafóricos tienen las siguientes características. En primer lugar, no están convencionalizados, es decir, la relación entre vocablo y significado no está establecida y, por tanto, el significado metafórico de un vocablo no coincide con el o los significados convencionalizados que se le atribuyen. En segundo lugar, en el momento en que la preferencia metafórica desaparece, los significados metafóricos se desvanecen; su vida es efímera. Por eso, se les puede denominar *significados provisionales*. Cuando, además, se elaboren por el mecanismo metafórico los denominaremos, como en otras ocasiones, *significados provisionales metafóricos*².

Ahora estamos en condiciones de encarar el problema de la naturaleza de las llamadas *metáforas convencionales*. Antes de considerar el tipo de

² Vid. Romero (1990/91).

ejemplos que caen bajo la denominación de *metáforas convencionales*, cabría imaginar dos posibles soluciones a este problema. La primera es que la expresión ‘metáfora convencional’ sí recoge ejemplos de preferencias metafóricas pero que, por ello, el adjetivo ‘convencional’ no debe calificar a la noción de metáfora, ya que estas preferencias se caracterizan por la elaboración de significados que no están convencionalizados. La segunda es que los ejemplos de metáforas convencionales no son ejemplos de metáforas y que, por ello, debe suprimirse de tal expresión el nombre de ‘metáfora’. En cualquier caso, lo que sí está claro es que, según la noción de *metáfora* aquí descrita, la expresión ‘metáfora convencional’ se presenta si no como inconsistente al menos como desorientadora.

Sean o no las metáforas convencionales ejemplos de preferencias metafóricas, es inadecuado distinguir tipos de metáforas recurriendo a la dicotomía convencional/novedoso. No se puede marcar la distinción entre metáforas convencionalizadas y las que no lo están, porque las metáforas se caracterizan por ser fenómenos lingüísticos no convencionalizados (al ser el significado metafórico un significado de naturaleza provisional). En este caso, lo inapropiado de la expresión ‘metáfora convencional’ es el adjetivo ‘convencional’.

Sin embargo, sí es pertinente una distinción de los tipos de metáforas atendiendo a su carácter más o menos novedoso³. Hay una gradación en la novedad de la metáfora pero cuando éstas se convencionalizan no son ya metáforas sino expresiones literales. Mas ¿hemos solucionado acaso el problema acerca de qué tipo de ejemplos son los que debemos llamar *metáforas convencionales* sustituyendo la expresión ‘metáfora convencional’ por ‘metáfora menos novedosa’? Lo habríamos conseguido si los ejemplos de metáforas convencionales fuesen preferencias metafóricas. El que una etiqueta que designa un conjunto de ejemplos sea desafortunada (en cualquiera de los dos casos antes citados) no significa que no haya un conjunto de ejemplos que compartan ciertas propiedades. Como diría Wittgenstein (1953, I, 66), no pienses si hay o no algo en común entre las metáforas convencionales y las metáforas novedosas, sino mira si hay algo en común entre unas y otras⁴. De

³ La característica de las preferencias metafóricas menos novedosas es que es fácil elaborar los significados provisionales metafóricos que caracterizan a los vehículos metafóricos de estas preferencias. Esto se debe a que uno ha elaborado estos significados varias veces. Aunque tales expresiones se identifican como metáforas, su uso repetido permite que se produzcan los significados provisionales que intervienen en ellas casi de un modo automático. Estas preferencias metafóricas son casos límites de metáforas puesto que al usarse en varias ocasiones el significado empieza a perder provisionalidad.

⁴ “¿Qué hay común a todos ellos [juegos]? No digas: ‘Tiene que haber algo común a ellos o

ahí que a continuación pasemos a los ejemplos estándar o típicos de metáforas convencionales. El objetivo es en primer lugar analizar si el problema de las metáforas convencionales es meramente terminológico, esto es, un error de bautizo al elegir un nombre contradictorio para un conjunto de preferencias, o si estamos también ante un problema de aplicación de una expresión. Para ello hay que averiguar si las metáforas convencionales son casos de preferencias metafóricas que explotan algún significado provisional.

III. Metáforas convencionales vs. metáforas novedosas

Antes de pasar a considerar si los ejemplos que se denominan usualmente *metáforas convencionales* son o no metáforas, consideraremos los ejemplos que caen bajo la expresión 'metáfora convencional'. Para apreciar, sin embargo, esta clasificación hay que considerarla en contraposición a los ejemplos que se denominan *metáforas novedosas*. En este aspecto seguiremos las indicaciones de G. Lakoff y M. Johnson (1980) cuya propuesta es la que más peso tiene actualmente en la bibliografía de la metáfora.

La clasificación más conocida de Lakoff y Johnson ⁵ distingue entre metáforas convencionales o literales y metáforas novedosas o imaginativas. A su vez, hay distintas subespecies dentro de cada uno de estos tipos. Dentro de las metáforas convencionales están las metáforas vivas y las metáforas muertas. Dentro de las metáforas novedosas hay metáforas novedosas propiamente dichas y metáforas vivas.

Según esto, hay dos tipos de metáforas convencionales: las vivas y las muertas. Para Lakoff y Johnson, expresiones metafóricas como 'vencer un argumento', 'atacar una idea', 'perder el tiempo', etc., se usan dentro de un sistema global de conceptos metafóricos ⁶, conceptos que usamos habitualmente cuando pensamos. Estas expresiones, como todas las demás palabras y expresiones idiomáticas de un lenguaje, se fijan convencionalmente. Las metáforas vivas y convencionales son la parte utilizada de una metáfora conceptual ⁷ que se usa sistemáticamente en el lenguaje cotidiano porque ésta es reflejo de nuestros pensamientos y cultura. Así, (4)

no los llamaríamos juegos, sino mira si hay algo común a todos ellos... ¡No pienses, sino mira!" (Wittgenstein, 1953, I, 66).

⁵ Otra distinción que se puede encontrar en la obra de Lakoff y Johnson es la de metáforas orientacionales, ontológicas y estructurales.

⁶ Conceptos que han sido reestructurados o elaborados metafóricamente, esto es, por analogía con otros conceptos.

⁷ Se considera *metáfora conceptual* a la preferencia metafórica cuyos vocablos expresan explícitamente los dos conceptos que intervienen en ella.

(4) Los *cimientos* de mi teoría están seguros

es un ejemplo de metáfora viva y convencional; es una de las partes usadas habitualmente de la metáfora conceptual LAS TEORÍAS SON EDIFICIOS.

Por otro lado y dentro también de las metáforas convencionales, hay expresiones que no forman parte de un sistema metafórico. En este caso, la metáfora conceptual de la que forman parte no se usa de manera sistemática en nuestro lenguaje. Dicho de otro modo, una metáfora conceptual sólo se explota en uno de sus casos. Expresiones como (5)

(5) Fuimos hasta el *pie* de la montaña

son ejemplos aislados de conceptos metafóricos en los que sólo se utiliza un caso de ellos. El *pie* de la montaña es la única parte utilizada de la metáfora conceptual UNA MONTAÑA ES UNA PERSONA. Estas metáforas pueden ser extendidas (puede utilizarse más partes de ellas) y se denominan *metáforas muertas*.

Las metáforas novedosas propiamente dichas representan una nueva forma de pensar. Lo que dicho de otra forma significa que no se usan sistemáticamente para estructurar parte de nuestro sistema conceptual. Sirva como ejemplo la preferencia metafórica de (6)

(6) Las teorías clásicas son patriarcas que engendran muchos hijos.

Por último, las metáforas novedosas vivas son (i) aquellas partes no utilizadas de metáforas conceptuales usuales o (ii) extensiones de la parte usada de una metáfora. Así, (7) y (8)

(7) Su teoría tiene miles de habitaciones pequeñas

(8) Estos hechos son los ladrillos de su teoría

ejemplifican respectivamente (i) y (ii).

La característica común a estos ejemplos es que teóricos de la talla de Black (1962), Goodman (1968) y Searle (1979) los clasifican como preferencias metafóricas. La mayoría de los teóricos consideran que (4)-(8) son preferencias metafóricas porque tienen un vehículo metafórico, 'cimientos' en (4), 'pie' en (5), 'patriarcas que engendran muchos hijos' en (6), 'habitaciones' en (7) y 'ladrillos' en (8) y porque estos vocablos tienen un significa-

do metafórico⁸. Sin embargo, estas afirmaciones son triviales si uno no determina cómo identificamos vehículos metafóricos y si no caracterizamos exhaustivamente qué se entiende por *significado metafórico*.

IV. La identificación metafórica

El problema que hay que abordar ahora es el de si las llamadas *metáforas convencionales* realmente explotan algún significado provisional metafórico. Este problema puede reformularse en la pregunta de si las metáforas convencionales tienen de hecho un vehículo metafórico. Lo que ahora nos interesa es ver cómo se identifican vehículos metafóricos y si los ejemplos denominados *metáforas convencionales* los tienen. En cierto sentido disponemos ya de un criterio intuitivo de identificación metafórica: aquél que indicamos para determinar los dos tipos de preferencias metafóricas. En concreto, se trataba de detectar un contraste conceptual en el seno de la preferencia. Sin embargo, esta condición debe unirse a la detección de una anomalía contextual para proporcionar un criterio apropiado de identificación metafórica⁹. La anomalía contextual se produce cuando una expresión se usa en un contexto lingüístico o extralingüístico inusual y el contraste conceptual se genera al considerar un concepto a través de otro. De este modo, el contraste conceptual nos indica cuáles son los vocablos que describen el concepto que se atribuye metafóricamente a otro.

Para entender estas dos condiciones hay que tener en cuenta que el contenido informativo que una expresión lingüística puede transmitir depende tanto de la competencia lingüística del hablante como del contexto. La competencia lingüística comprende el conocimiento articulado y codificado de las convenciones fonéticas, léxico-gramaticales y semánticas que comparten los miembros de una misma comunidad lingüística en un determinado momento de la lengua. La competencia lingüística incluye tanto los mecanismos de interpretación de la preferencias posibles y el potencial combinatorio de las unidades léxicas que componen el vocabulario de una lengua como el

⁸ Las propuestas de autores como Davidson (1979) y Cooper (1986) son excepciones pues niegan la existencia del significado metafórico. Nuestra propuesta es también excepcional en el sentido de que admitimos que cualquiera de los vocablos que intervienen en una preferencia metafórica puede tener un significado metafórico con la reserva de que todos los vehículos metafóricos lo tienen. Nuestra propuesta al ser más amplia no afecta al argumento.

⁹ Estas dos condiciones de identificación metafórica, la anomalía contextual y el contraste conceptual, constituyen el criterio de demarcación entre el lenguaje metafórico y no metafórico propuesto por B. Soria (1992).

contexto de cultura que está codificado y forma parte de nuestro sistema conceptual. El contexto puede ser lingüístico (cotexto) o extralingüístico (contexto situacional y conceptual del intérprete) y determina el uso concreto de la preferencia lingüística que hay que identificar. Además, contexto y competencia lingüística están íntimamente ligados puesto que nuestro conocimiento del vocabulario incluye información sobre los posibles contextos donde ésta pueda aparecer. Sin embargo, estos componentes no aparecen del mismo modo en los distintos usos del lenguaje. De hecho, en el uso metafórico del lenguaje, a diferencia de lo que ocurre en el uso literal, la competencia lingüística se modifica momentáneamente con cada preferencia. Las metáforas permiten ver una cosa a través de otra y es esto lo que dirige la modificación de nuestra competencia lingüística.

Un hablante detecta que está ante una preferencia metafórica cuando advierte una anomalía contextual. La posibilidad de aparición de los conceptos en aquellos contextos que conforman nuestro sistema conceptual es parte de nuestra competencia lingüística. Si el contexto no se adecua a la previsión del uso de nuestros conceptos fijados por la competencia lingüística, estaremos ante un contexto inusual que nos inducirá a pensar que la preferencia no es literal. Si detectamos un contraste conceptual que nos indique que un concepto debe verse a través de otro, estaremos en disposición de decir que estamos ante una preferencia metafórica en la que los vehículos metafóricos serán los términos que describan al concepto que se atribuya metafóricamente.

Pero volvamos a los ejemplos (4)-(8). ¿Es posible identificar en ellos una anomalía contextual? Y en caso afirmativo, ¿cómo muestran el contraste? La anomalía contextual debe darse en los vocablos proferidos puesto que al no hacer explícito el contexto donde se profieren los ejemplos anteriores se supone que el contexto situacional es el previsto por nuestra competencia lingüística. En (4), por ejemplo, nada indica que estemos ante una anomalía contextual. El vocablo 'cimientos' significa aquella parte de un edificio que está más baja que el suelo y que sirve para darle solidez, pero también significa figuradamente el apoyo sobre el que se sostiene algo no material como las teorías. Si, como debe ser, elegimos esta segunda acepción para interpretar la preferencia usual de (4), los términos empleados en ella no presentan ninguna contraindicación. Esto mismo ocurre en (5); en este caso el término 'pie' significa entre otras cosas la parte más baja (que forma ángulo recto con la pierna) de las extremidades inferiores del hombre o el lugar situado junto al arranque de cualquier cosa alta (una montaña por ejemplo), particularmente considerada como sitio de emplazamiento de algo o alguien. Si tenemos en cuenta la segunda acepción de 'pie' tampoco en (5) se produce una anomalía

contextual. Bien distinto es lo que sucede en (6) (7) y (8). En (6), 'patriarca' se usa en el sentido de jefe o persona más respetada en una gran familia o en una comunidad. Sin embargo, no parece que nuestra competencia lingüística considere apropiado que dicho término se predique de una teoría. Es así como detectamos una anomalía contextual (por el cotexto) y un contraste conceptual (vemos a las teorías a través de nuestro concepto de patriarca); de ahí que 'patriarca' actúe como vehículo metafórico. En (7), 'habitaciones' se usa en el sentido restringido de cada uno de los departamentos en que está dividida una vivienda. Nuestra competencia lingüística señala que no son las teorías las que tienen habitaciones pequeñas; de ahí que detectemos una anomalía contextual. El contraste se muestra por el hecho de dividir una teoría, aquello de lo que se está hablando, por medio de las divisiones de las viviendas. En este caso, nuestra concepción de las habitaciones pequeñas actuará como lo que se atribuye metafóricamente y, por ello, los vocablos que la representan son los vehículos metafóricos. En (8), 'ladrillo' se usa para designar una pieza prismática de barro cocido de las que se emplean en la construcción y, al igual que en los dos ejemplos anteriores, no parece apropiado que los hechos de una teoría sean clasificados como ladrillos; detectamos así una anomalía contextual y un contraste conceptual que señala que vemos a los hechos de las teorías a través de nuestra noción del vocablo 'ladrillo', siendo éste el vehículo metafórico.

En este sentido, las metáforas convencionales, vivas o muertas, no se identifican como preferencias metafóricas. Además, no es necesario tener en cuenta a partir de ahora la distinción de las metáforas convencionales en vivas y muertas puesto que depende de criterios que apelan a la amplitud del uso de conceptos que se habían elaborado metafóricamente en un estadio de la lengua anterior y que forman parte de nuestra competencia lingüística. Lo que interesa señalar es que tanto unos ejemplos como otros no se identifican como preferencias metafóricas.

V. Las metáforas convencionales no son metáforas

Por lo indicado, los ejemplos (4) y (5) no se identifican con el criterio de identificación metafórica antes apuntado y es por ello por lo que, propiamente hablando, ni tienen un vehículo metafórico ni se elaboran en ellos significados provisionales metafóricos. De este modo, podemos comprobar que el problema acerca de qué tipo de expresiones son las que se denominan *metáforas convencionales* va más allá de ser meramente terminológico; no estamos ante preferencias metafóricas menos novedosas.

Si bien la primera razón que avala la idea de que las metáforas convencionales no son metáforas es la de que los ejemplos que se clasifican como metáforas convencionales no se identifican como preferencias metafóricas, las razones se multiplican si analizamos los ejemplos detalladamente.

Lo característico de las llamadas metáforas convencionales es que pueden entenderse de una manera uniforme por parte de los hablantes. Si conocemos las convenciones de nuestro sistema lingüístico, dada una expresión podemos decodificar su contenido. Las metáforas convencionales son expresiones que, en contextos usuales ¹⁰, se interpretan literalmente, pues incluyen unidades léxicas que sólo intervienen con su significado ordinario. Ejemplos como (4) y (5) o como (9)-(13).

- (9) La *pata* de la silla está rota
- (10) Llevaba una corbata *chillona*
- (11) *Vencí* su argumento
- (12) Hacía falta *corazón* para lanzarse al océano en ese barco
- (13) La sopa tiene *tropezones*

muestran una gran sencillez no sólo en virtud de su estructura sino también porque constituyen el modo normal de hablar acerca de sillas, colores de corbatas, argumentos, actitudes emocionales, sopas, etc. En otras palabras, hay al menos un sentido inmediato en el que las oraciones anteriores son literales, ya que ponen en uso sólo el significado ordinario de las palabras que las forman o, dicho de otro modo, constituyen el modo normal de habla. Las llamadas 'metáforas convencionales' se producen y comprenden con las mismas reglas de producción y comprensión del lenguaje literal.

Así, hay razones para pensar que, desde el punto de vista de la interpretación, el contenido informativo que expresan esas preferencias no se elabora metafóricamente. La elaboración del significado metafórico está sujeta a los procedimientos de interpretación metafórica. Sin embargo, estos procedimientos no se usan para interpretar las metáforas convencionales. En los ejemplos (4) y (5), tanto 'cimientos' como 'pie', términos que los teóricos han considerado sus vehículos metafóricos respectivos, intervienen en la elaboración de los contenidos de dichas preferencias sólo con sus significados convencionalizados. Pero si esto es así, ¿cómo saben identificar los teóricos de la metáfora estos supuestos vehículos metafóricos? Para solucionar este proble-

¹⁰ Estas expresiones en contextos inusuales pueden usarse metafóricamente. Véase más abajo el ejemplo (17), donde 'tropezón' interviene con su acepción figurada e invita a producir un significado provisional metafórico a partir de ella.

ma mantendremos que los teóricos identifican vehículos metafóricos en las metáforas convencionales por razones distintas a las que usan para identificar vehículos metafóricos en las preferencias metafóricas. Sin embargo, antes de abordar detenidamente este asunto y para mayor claridad expositiva recurriremos a la noción de *significado convencionalizado de origen metafórico*.

Los significados que aparecen en los supuestos vehículos metafóricos de las metáforas convencionales son significados convencionalizados que han podido tener un origen metafórico. De hecho, la mayoría de las expresiones en las que interviene un vocablo con un significado convencional de origen metafórico producirán ejemplos a los que los teóricos denominan *metáforas convencionales*. Mas ¿qué es esto de los significados convencionalizados de origen metafórico?

El léxico del lenguaje natural está relacionado convencionalmente con aquello de lo que es signo. En este contexto distinguimos dos tipos de significados convencionales o convencionalizados. Aquellos cuya relación con el signo es arbitraria, a los que denominaremos *literales*, y aquellos cuya relación con el signo no es arbitraria y se produce por medio del uso de una figura del discurso, a los que denominaremos *figurados*. Según sea la figura del discurso (metáfora, metonimia, sinécdoque, etc.) usada para la creación de estos significados ya convencionalizados se denominarán *significados convencionalizados de origen metafórico, metonímico, etc.*¹¹.

Hay, por ello, dos tipos de significados que se han denominado *metafóricos*: los provisionales y los convencionales. Los primeros caracterizan a las preferencias metafóricas mientras que los segundos no. El significado metafórico que interviene en las preferencias que identificamos como metafóricas no puede ser un significado convencional figurado con origen metafórico, pues, como hemos argumentado, sólo podemos identificar como metafórica a la preferencia de una unidad léxica en un contexto inusual y esto supone que la unidad léxica no sólo pone en juego un significado convencionalizado (literal o figurado). Si así fuera, la preferencia se podría identificar como metafórica en un contexto usual. Tanto los significados convencionales literales como los significados convencionales figurados entran a formar parte de la

¹¹ Normalmente, cuando usamos una figura del discurso no se obtiene una relación entre vocablo y significado que se establezca de forma permanente. Cuando esta relación se convencionaliza se obtiene un significado figurado. El problema es saber qué es lo que se ha convencionalizado. A nuestro juicio, lo que se convencionaliza no puede ser otra cosa que el significado provisional o parte del significado provisional que esos vocablos adquieren a través de alguna figura del lenguaje, dando lugar a nuevos significados atemporales de los vocablos. El problema de si la convención tuvo o no un origen metafórico es un asunto que deben estudiar los historiadores de la lengua.

misma manera en expresiones de mayor complejidad gramatical. Ambos serán los componentes más básicos de los contenidos de las distintas preferencias.

Volvamos a los ejemplos. La preferencia usual de (12) se clasifica, según la mayoría de los teóricos, como metáfora convencional porque en ella hay un vehículo metafórico, i.e. 'corazón'. Sin embargo, lo que se da en (12) y en ejemplos similares es un vocablo que en otro tiempo actuó como vehículo metafórico pero que ahora no lo hace. En (12) se pone en uso uno de los significados convencionales de 'corazón', i.e. coraje, sin producirse a partir de él un significado provisional metafórico. Además, es probable que la acepción aludida del vocablo 'corazón' haya tenido un origen metafórico. Si en una preferencia entra a formar parte un vocablo con un significado convencional de origen metafórico dicha expresión no tiene que ser necesariamente un caso de metáfora.

Algunas de las llamadas *metáforas convencionales* se clasifican como tales porque alguno de sus vocablos tiene un significado convencional de origen metafórico originado tras la convención de un significado provisional metafórico que se produjo, a su vez, en la interpretación de una preferencia metafórica. A veces, el uso repetido de una preferencia metafórica hace que se convencionalice la relación entre sus vocablos y el significado provisional metafórico que éstos adquieren en la interpretación de la preferencia o que se convencionalice la relación entre tal preferencia y el contenido metafórico que expresa, dando lugar a modismos o expresiones idiomáticas. En este último caso, las en otra hora preferencias metafóricas se convierten en una entrada léxica o en una expresión idiomática, esto es, una expresión cuyo significado no se deriva del significado de sus partes. Ejemplos de este tipo son expresiones como 'Estoy quemado', 'Eres la niña de mis ojos', etc. La diferencia entre las llamadas *metáforas convencionales* y las *metáforas novedosas* es que las primeras no se identifican como las segundas. Se han denominado *metáforas* porque antes lo fueron y lo que les ha ocurrido es que o bien el significado provisional metafórico de alguno de sus vocablos se ha convencionalizado o bien el contenido metafórico que expresaba tal preferencia se ha convertido en un significado convencional de origen metafórico, pasando a ser lo proferido una entrada léxica.

Llamar *metáforas* a los ejemplos de metáforas convencionales es introducir dos nociones distintas con un mismo nombre. Por un lado, estarían las metáforas que explotan un significado provisional metafórico y, por otro, las que recurren a un significado convencional de origen metafórico. La primera acepción de metáfora tiene que ver con la interpretación de preferencias. La segunda con el origen de las entradas léxicas del lenguaje; se llaman *metáforas* por el origen del significado de algunos de los vocablos que intervienen en ellas pero no por su funcionamiento actual. Esta es la razón de que la elec-

ción de la etiqueta 'convencional' no refleje una mala elección terminológica. Se han denominado *convencionales* porque algunos de los ejemplos que clasifica son casos de significados convencionales de origen metafórico.

Que la noción de *metáfora* sea ambigua no debería suponer grandes problemas si se diferencian claramente sus dos acepciones. En este caso, sin embargo, la doble acepción de dicha noción es especialmente peligrosa puesto que no se suelen delimitar teóricamente estas acepciones y además son incompatibles, dando lugar a los problemas que en este texto estamos planteando. La noción de *metáfora* que explota un significado convencional de origen metafórico se asemeja más al uso literal del lenguaje que a su uso metafórico, en el sentido de aquello que explota un significado provisional metafórico. Las llamadas *metáforas convencionales*, como (4)-(5) y (9)-(13), se interpretan literalmente. Además, en la primera noción de *metáfora* la expresión 'metáfora convencional' es contradictoria.

Mas, una vez indicadas las características de la noción de *significado convencionalizado de origen metafórico*, retomemos el problema de la identificación de vehículos metafóricos en las metáforas convencionales. Por lo indicado, está claro que el adjetivo 'metafórico' se atribuye a dos tipos de significados por distintas razones. Esta consideración indica que debe haber distintos criterios para determinar que una preferencia tiene un vehículo metafórico.

Hay, sin embargo, quien cree que tanto las llamadas *metáforas convencionales* como las novedosas se identifican como preferencias metafóricas con el mismo criterio. Tanto en unas como en otras detectamos una anomalía contextual y un contraste conceptual. Se reconoce, por ejemplo, a (10) como una metáfora convencional porque se detecta una anomalía contextual debida a que de acuerdo con nuestra competencia lingüística la ropa no puede chillar. Esta anomalía, a su vez, muestra un contraste conceptual entre nuestro concepto de chillón en su acepción no figurada y el de la ropa. Pero si analizamos el ejemplo podemos decir que tanto la anomalía contextual como el contraste conceptual son sólo aparentes, ya que proceden de una elección inadecuada de la acepción con la que interviene 'chillona' en (10). Esta confusión puede aparecer, aunque sea sólo a nivel teórico, porque los llamados *vehículos metafóricos* de las supuestas metáforas convencionales poseen dos características: una es que tales vocablos son ambiguos y otra es que al menos una de sus acepciones tiene un origen metafórico. La confusión se deriva de que aunque la acepción de origen metafórico no supone ni anomalía contextual ni contraste conceptual, la acepción convencionalizada que le dio origen sí los muestra. Así, la identificación de estos ejemplos como metáforas convencionales depende de que el hablante pueda notar el origen metafórico de

la convención. Esto suele ocurrir cuando el significado convencionalizado de origen metafórico no se ha desnaturalizado ¹². Hay muchas transferencias metafóricas que se caracterizan por estar convencionalizadas y porque se detecta el origen metafórico de tal convención. Si, por poner otro ejemplo, se dice de alguien que es un cordero, no invitamos al oyente a aplicar su conocimiento general de los corderos al de las personas. Simplemente apelamos a una parte pequeña de la información relacionada con los corderos, información que se resume en la idea de que los corderos son mansos. Por ello, decir de alguien que es un cordero no es hacer una preferencia metafórica puesto que 'cordero' en este contexto significa convencionalmente manso. Sin embargo, se reconocerá claramente el origen metafórico de esta acepción. Este hecho ha llevado a admitir que las preferencias usuales de expresiones como la siguiente (14)

(14) Esc niño es un cordero

se consideren preferencias de metáforas convencionales que tienen como vehículo metafórico la entrada léxica en su acepción figurada. A nuestro juicio, esto simplemente supone un criterio de identificación de metáforas distinto al que consideramos más arriba. Se reconoce como metáfora por el origen que tiene la acepción figurada de 'cordero' y no porque se detecte una anomalía contextual y un contraste conceptual. Lo que se reconoce, a nuestro juicio, es que en otro tiempo el término actuó como un vocablo que adquiriría un significado provisional metafórico. Expresiones que, como (14), se identifican como metáforas por el origen metafórico de uno de sus vocablos se interpretan literalmente.

De hecho, la gente en general tiende a clasificar estas expresiones como literales a menos que el potencial metafórico no esté más explícito y fuertemente activado. Las preferencias de metáforas convencionales sólo funcionan metafóricamente si se saca a la luz el origen metafórico de uno de sus componentes. Así, si digo (15)

(15) El pie de tal montaña necesita un número más alto de calzado

fácilmente reconoceremos la metáfora conceptual que originó el significado convencional de 'pie' en el terreno conceptual de las montañas. Estas preferen-

¹² Si tal significado convencional con origen metafórico se *desnaturaliza* del que le dio origen, los hablantes no pueden detectar el origen metafórico de la acepción y, por ello, no detectan tal contraste aparente. A veces el significado metafórico es el más establecido o está tan establecido como los que lo originaron, olvidándose el origen metafórico del significado de la palabra. Ejemplo de esto último lo representa el vocablo 'tropezón'. Normalmente no se detecta el origen metafórico de su acepción figurada.

cias literales sólo funcionan como metafóricas en los contextos en los que se saca a la luz el origen metafórico del significado convencional metafórico de alguno de sus vocablos ¹³.

Hasta ahora hemos aceptado sin más el origen metafórico de las acepciones figuradas. No parece que haya duda acerca de que las acepciones figuradas de un artículo se hayan elaborado por una figura del discurso; el problema es determinar cuáles son esas acepciones y cuáles de ellas tienen un origen metafórico. En este sentido hay otro motivo para tener cuidado con la noción de metáfora convencional. Kronfeld (1981) señaló que no se puede tener seguridad de que las metáforas que denominamos *convencionales* tengan su origen en una metáfora novedosa y de ahí que la hipótesis del origen metafórico de algunas acepciones figuradas de los vocablos sea arriesgada. De hecho, lo más difícil de esta tarea es reconstruir los procesos a través de los cuales se comprende la preferencia metafórica que dio origen a la acepción convencional metafórica de un vocablo. Esta dificultad se ilustra cuando analizamos casos como la metáfora convencional indicada en (13) y rastreamos el desarrollo del uso figurado de ‘tropezón’ en dicho ejemplo. En el estado actual del lenguaje, la palabra ‘tropezón’ tiene establecidos al menos dos acepciones distintas que se ejemplifican en (13) y (16).

(13) La sopa tiene tropezones

(16) Continuamente daba tropezones

Este término expresa literalmente el efecto de tropezar o chocar involuntariamente con algo al ir andando y figuradamente expresa trozo de vianda que guarnece la sopa. Se podría sugerir que el significado figurado se deriva del significado literal y que sólo cuando estaba aceptado este último, la gente usaba la palabra para referirse metafóricamente a los elementos de la sopa. El origen metafórico podría verse en la siguiente analogía ¹⁴: dado que el significado literal de ‘tropezar’ es dar con los pies en un estorbo que pone en

¹³ Esto permite entender por qué los significados convencionalizados que tienen un origen metafórico son fáciles de enseñar. Si se reconstruye y revitaliza la metáfora que les dio origen, hacemos que los intérpretes generen significados provisionales que deben coincidir con la acepción ya convencionalizada. Este esfuerzo interpretativo, combinado con el hecho de que la elaboración del significado está sometida a un proceso, supone una mayor facilidad a la hora de la retención del nuevo concepto. Estos significados, convencionalizados para el profesor, son reconocibles como preferencias metafóricas por el estudiante que desconoce su uso apropiado.

¹⁴ La analogía presentada no es fruto de un estudio acerca del cambio y ampliación de los significados desde un punto de vista diacrónico. Por ello, puede ser falsa.

peligro de caer ('tropezón'), análogamente el significado figurado es dar con la lengua en un estorbo que pone en peligro de atragantarse. Sin embargo, la acepción nueva y metafórica del vocablo 'tropezón' sufre en su etapa de convencionalización un paso desde el efecto a la causa; no denominamos 'tropezón' al efecto de dar con la lengua en un estorbo que pone en peligro de atragantarse sino al estorbo que produce el efecto. Esto no es negar su origen metafórico sino unirle a él otros recursos del lenguaje que, como es el caso de la metonimia, intervienen en la ampliación de nuestro léxico.

Si bien es verdad que las metáforas convencionales explotan sentidos establecidos de las palabras y que pueden a menudo remontarse a un uso metafórico en los estados más tempranos del lenguaje, Kronfeld sugiere que a menudo la descripción que hacemos del origen metafórico de los términos es errónea. El sentido original de 'tropezón' podría no ser el señalado más arriba y, en este caso, (13) no sería realmente una metáfora convencional.

La posibilidad de que la reconstrucción metafórica sea incorrecta permite considerar que, aunque se pueden tener intuiciones válidas acerca de la metafóricidad de los procesos diacrónicos del lenguaje, es muy difícil tanto para los usuarios de un lenguaje como para los que profesionalmente reflexionan sobre él determinar con seguridad qué ejemplos son metáforas convencionales. No está claro que lo que hoy consideramos casos de metáforas convencionales fuesen metáforas en el pasado. En este sentido, la voz cantante la lleva el historiador del léxico. Los procesos diacrónicos del cambio de significado son los que pueden indicar en qué sentido una metáfora convencional fue una metáfora. Muy poco podrán decir, sin embargo, acerca de cómo las metáforas —como opuestas a preferencias literales— se producen y comprenden.

De todas formas, aunque (13) se hubiese basado en una metáfora novedosa, sería erróneo usarla como un ejemplo de metáfora genuina. Esto se debe a que la interpretación que de ella daría un hablante nativo no se basa en el mismo mecanismo en el que lo haría para interpretar metáforas novedosas, sino más bien en el supuesto juego de la etimología popular. Que el origen metafórico de un vocablo sea reconstruible no supone que cada vez que interpretemos una preferencia que incluya este vocablo en esta acepción estemos reproduciendo el proceso. El hecho de que tal vocablo tenga convencionalizado su significado figurado permite que no haya que elaborarlo. No hay que olvidar que tener un significado con origen metafórico no significa tener un significado provisional metafórico. De hecho, las preferencias usuales de 'tropezón' no son identificadas como metafóricas. Proferir en un contexto usual 'tropezón' no es producir una preferencia metafórica y el contexto de estar tomando sopa es, una vez convencionalizado, un contexto usual de tal vocablo. Es más, incluso una preferencia usual de una expresión

más amplia que incluya a este vocablo en su acepción metafórica no tiene por qué ser un caso de preferencia metafórica. De hecho, la preferencia de (13) se interpreta habitualmente de modo literal, por más que incluya al vocablo ‘tropezón’ en su acepción figurada. De todas formas uno puede producir una preferencia metafórica con este vocablo y con su acepción figurada siempre que se profiera en un contexto distinto de los usuales y se permita elaborar un significado provisional metafórico. Así, la preferencia usual de (17)

(17) Verlo de vez en cuando me producía una sabrosa sensación:
era el tropezón de mi vida

se debe interpretar metafóricamente y ‘tropezón’ en esta interpretación de (17) adquiere un significado provisional metafórico a partir de su significado convencional de origen metafórico. Esto refleja que el modo normal de hacer preferencias metafóricas con las unidades léxicas es usarlas en un contexto inusual, ya intervengan éstas con una acepción literal o figurada. De este modo, se puede indicar que, a diferencia del contenido literal, el contenido metafórico de las preferencias de unidades léxicas explota un significado provisional y no arbitrario, un significado que no está convencionalizado. En general, esta naturaleza provisional del significado será la que caracterice también al contenido metafórico de cualquier preferencia metafórica.

VI. Conclusión y consecuencias

En este trabajo hemos mantenido que las llamadas *metáforas convencionales* no son metáforas en sentido estricto y que en ellas no surgen significados provisionales metafóricos. Las razones que avalan esta propuesta son las siguientes: (i) que para identificar metáforas convencionales no detectamos ni una anomalía contextual ni un contraste conceptual; (ii) que las llamadas *metáforas convencionales* se producen y comprenden con los mismos procedimientos de producción y comprensión del lenguaje literal, constituyen un modo normal de hablar; y (iii) que se les denomina *metáforas* por el supuesto origen metafórico del significado de algunos de sus vocablos pero no por su funcionamiento actual.

De lo defendido en las páginas anteriores, se sigue que aquellas teorías que usen como modelos de metáforas ejemplos de metáforas convencionales no pueden elaborar una teoría que dé cuenta de cómo producimos e interpretamos estos fenómenos lingüísticos ya que, como hemos indicado, las preferencias metafóricas son distintas de las preferencias de las llamadas *me-*

táforas convencionales. No tiene sentido usar como modelo para la comprensión del mecanismo metafórico ejemplos donde el elemento de producción metafórica se ha neutralizado, se ha automatizado o, dicho con otras palabras, donde la metáfora ha dejado de ser productiva. Hay investigaciones que, como la de J. Searle (1979)¹⁵ o como la de Gardner y Winner (1978)¹⁶, son inadecuadas porque la naturaleza convencional de sus ejemplos distorsiona el problema de cómo se comprenden y entienden las metáforas. Las metáforas lexicalizadas no permiten probar nada acerca de la comprensión metafórica.

Referencias bibliográficas

BLACK, M.: 1962, *Models and Metaphors*, Cornell University Press, Ithaca. Traducción española del 1966, *Modelos y Metáforas*, Tecnos.

¹⁵ En la teoría de la metáfora de Searle, las metáforas se entienden porque están sometidas a una serie de principios compartidos que ligan el significado literal de las palabras con lo que el hablante quiere decir metafóricamente con ellas. Sin embargo, en esta teoría se pueden establecer uno a uno los principios para interpretar metáforas porque los ejemplos que Searle considera son del tipo de las denominadas *metáforas convencionales*. Lo curioso de esta crítica es que Searle defiende explícitamente que las metáforas convencionales no son metáforas. Por ello no se entiende cómo dicho autor elige ejemplos no genuinos de metáforas para ejemplificar las propiedades de las metáforas. A lo sumo, la teoría de Searle dará cuenta de los principios heurísticos o principios que relacionan 'S es P' con 'S es R', cuando 'S es P' sea un ejemplo de las denominadas *metáforas convencionales*. La teoría de Searle puede encontrarse escuetamente expuesta en Romero (1990/91).

¹⁶ Estos autores señalan, tras sus investigaciones empíricas en pacientes con el cerebro dañado, que hay distinciones interesantes entre dos tipos de capacidades metafóricas. Así, los pacientes con el hemisferio derecho dañado pueden parafrasear ejemplos como (10) aunque no pueden aplicarlos a la situación donde es probable que se profieran. En contraposición, los pacientes con el hemisferio izquierdo dañado no pueden parafrasear (10) aunque sí identificar correctamente la situación donde es probable que se profiera. De lo cual, Gardner y Winner concluyen que el hemisferio derecho del cerebro es sensible a la pragmática o al contexto de la preferencia metafórica y que el izquierdo lo es a la semántica. Pero, a mi juicio, el alcance de este experimento se ve disminuido por el hecho de que los ejemplos utilizados son metáforas convencionales. El hecho de que los pacientes con el hemisferio derecho dañado retengan los apropiados marcadores léxicos para términos como 'chillona' simplemente muestra que 'corbata chillona' tiene para ellos componentes disponibles en su léxico ordinario y que estos componentes son más entradas léxicas que preferencias metafóricas que tengan que comprender. No tienen que aplicar ningún mecanismo metafórico para dar su paráfrasis. La generalización de estos resultados a las metáforas novedosas no tiene sentido. Los autores confunden lo simple con lo típico. Una cosa es una metáfora novedosa simple y otra una metáfora convencional o típica.

- COOPER, D.: 1986, *Metaphor*, Oxford, Basil Blackwell, Aristotelian Society Series, vol. 5.
- DAVIDSON, D.: 1979, «What metaphors mean», en Sacks, 1979, pp. 29-46. Traducción española del 1990, «Qué significan las metáforas», en Davidson (1990), *De la Verdad y de la Interpretación*, Gedisa, pp. 245-262.
- GARDNER, H., y WINNER, E.: 1978, «The Development of Metaphorical Competence: Implications for Humanistic Disciplines», en Sacks, 1979, pp. 121-140.
- GOODMAN, N.: 1968, *Languages of Art. An approach to a Theory of Symbols*, Indianapolis, Bobbs-Merrill; Traducción española del 1976, *Los Lenguajes del Arte*, Barcelona: Seix Barral.
- KRONFELD, Ch.: 1980, «Novel and Conventional Metaphors. A Matter of Methodology», *Poetics Today*, vol. 2: 1b, pp. 13-24.
- LAKOFF, G., y JOHNSON, M.: 1980, *Metaphors We Live By*, Univ. of Chicago Press, Chicago. Traducción española del 1986, *Metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid.
- ORTONY, A.: 1979, *Metaphor and Thought*, Cambridge Univ. Press, Cambridge, U.K.
- ROMERO, E.: 1990/91, «Las metáforas y el significado metafórico», *La balsa de la Medusa*, vols. 15-16-17, pp. 59-80.
- : 1991, «Los portadores metafóricos», en *Actas del VI Congreso de Lenguajes Naturales y Lenguajes Formales*, pp. 993-97.
- SACKS, Sh. (ed.): 1979, *On Metaphor*, Chicago University Press, Chicago.
- SEARLE, J.: 1979, «Metaphor» en Ortony, 1979, pp. 92-123.
- SORIA, B.: 1992, «La metáfora negativa y su identificación», en *Actas del VIII Congreso de Lenguajes Naturales y Lenguajes Formales*, pp. 587-94.
- WITTGENSTEIN: 1953, *Philosophische Untersuchungen*, Oxford. Traducción española del 1988, *Investigaciones Filosóficas*, Barcelona, Editorial Crítica.